



ANDREA FREDIANI

DICTATOR I

LA SOMBRA
DE
JULIO
CÉSAR


ESPASA

ANDREA FREDIANI

LA SOMBRA DE JULIO CÉSAR
DICTATOR I

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



I

Así, se produjo un verdadero combate entre enemigos, el primero en Roma, ya no con el aspecto de una sedición, sino realmente con trompetas y enseñas según las reglas de la guerra.

APIANO,
Las guerras civiles, 58, 259

ROMA, 88 A.C.

Estruendo. No, no el habitual estruendo de los carros en la Suburra, de las peleas y riñas callejeras, de los vendedores que presumen de la calidad de sus mercancías. Estruendo que sabe a miedo, gritos que transmiten agitación, un ansia que impregna a los habitantes apenas despiertos del sórdido barrio a los pies del Viminal y el Esquilino.

El muchacho, saltando repentinamente de la cama, imagina de qué miedo se trata.

Es un miedo que Roma nunca ha vivido, más que en

el pasado: el de un ejército en armas en marcha hacia la ciudad.

Pero sí, piensa el muchacho, quizá se sintieron así sus conciudadanos tres siglos antes, cuando los galos de Breno, vencedores en Alia, se disponían a caer sobre la Urbe. Pero esos eran bárbaros. Un enemigo natural al cual los dioses podían conceder acaso la victoria en una batalla, pero nunca en la guerra.

Pero ¿a quién concederían la victoria los dioses en una lucha entre romanos?

El muchacho oye que la gente vuelve a casa, a pesar de que ha amanecido hace poco. Regresan todos precipitadamente, suben las escaleras con la respiración afanosa, golpean las puertas gritando a sus familiares que no asomen ni siquiera la nariz fuera de las ventanas.

Están llegando.

Sila está llegando.

Y con seis legiones a sus espaldas.

—Cayo, hoy no vas donde el *magister*, como es natural...

La madre del muchacho ha entrado en su cuarto. También ella, nota Cayo, está agitada. Sus hermosos rasgos están tensos, contraídos y endurecidos. La preocupación la devora. El hijo advierte que en su hermoso rostro no hay rastro de maquillaje. Raras veces la ha visto así. Pero nunca, por otra parte, Aurelia ha vivido una situación semejante: Sila viene a desafiar a su cuñado.

Cayo Mario.

Cayo Mario, triunfador de Yugurta, de los cimbrios y los teutones. Cayo Mario, seis veces cónsul. Cayo Mario,

el hombre que había pretendido quitar a Sila, cónsul designado, el mando de la guerra contra Mitrídates del Ponto.

—Claro, mamá —respondió el muchacho. No. No iría donde el *magister*. Aquel no era un día para ir a la escuela. Pero estaba muy decidido a aprender algo, de todos modos. Esperó a que la mujer saliera de la habitación, luego se ajustó la túnica a la cintura, se puso la toga pre-texta y se encaminó, resuelto, hacia la puerta de casa.

—¿Adónde vas? —preguntó la madre, viéndolo abrir la puerta.

No obtuvo respuesta. El muchacho había salido sin dignarse a mirarla. Ella lo persiguió por las escaleras. Pero ya estaban en la planta más baja, aquella con las viviendas más amplias y mejor servidas. Cayo permaneció fuera del portal un instante. Aurelia volvió dentro y se asomó. Lo vio alejarse a paso veloz hacia los muros.

—Cayo Julio César, cuando se lo diga a tu padre...

Pero no supo cómo concluir la frase: incluso el padre se rendía la mayoría de las veces ante la titánica voluntad de su hijo, a pesar de que tenía únicamente doce años.

Solo podía esperar que no le ocurriera nada.

No era fácil localizar a alguien a quien pudiera pedir información. Los pocos que aún se encontraban por la calle iban demasiado deprisa para que pudiera detenerlos. Pero el joven Cayo no era tímido.

—¡Quieto! —gritó a un viejo curtidor, apenas salido de una *insula* con una vasija llena de orina, que estaba cargando en el carro. Aquel no contestó ni lo miró; es

más, espoleó al mulo para que emprendiera la marcha. César se puso delante de la bestia, corriendo el riesgo de ser arrollado. El viejo se vio obligado a tirar de las riendas.

—¿Qué quieres, chiquillo? ¡Déjame marchar o perderé mi carga! —aulló con voz excitada.

—¿Qué sucede? ¿Los cónsules están a las puertas de la ciudad?

El tono de César, por el contrario, era imperioso y firme.

—El cónsul Sila está aquí dentro. Está intentando forzar la puerta Esquilina. El cónsul Quinto Pompeyo, en cambio, bloquea la puerta Collina. Si Cayo Mario no organiza bien la defensa, entrarán pronto. ¡Y ahora apártese!

El muchacho se desplazó. Habían ido rápido, entonces. De Nola a Roma en un tiempo apenas superior al empleado por los mensajeros —y por los disidentes de la armada de Sila— para avisar a la ciudad y a Cayo Mario. Habían ido tan rápido que no le habían dado el tiempo suficiente a su tío para organizar una defensa adecuada.

Bien, al menos las puertas debían de tener una garantía, se dijo César. Y él tenía la suerte de encontrarse precisamente junto al punto en que Sila estaba realizando el asalto a los muros. Podría observar, al fin, el primer combate de su vida.

Casualmente, era también el primer combate entre romanos a lo largo de los muros de la Urbe.

—¡Ha entrado! ¡Sila ha entrado con dos legiones!

Gritos y trompetas a su derecha. Se volvió. Vio a un soldado corriendo hacia él. Luego, otro, y otro más detrás de ellos, sobre el fondo recortado por la muralla. Los

legionarios del cónsul marchaban en orden compacto: sobre los yelmos descollaban las enseñas de las distintas unidades. Los precedía el sonido de los cuernos, las trompetas y las bocinas.

Soldados en armas dentro de los muros de la Urbe. Y no para una ceremonia triunfal. Nunca se había oído desde tiempos inmemoriales.

Oyó estruendo también a su izquierda. Se volvió de nuevo. Un grupo de soldados iba hacia él. Soldados, pero también ciudadanos armados con palos, mazas y piedras: una horda desordenada e indistinta de voluntarios.

Por lo visto, su tío había conseguido organizar una especie de defensa. Parecía que iba a ver el primer combate por las calles de Roma. No una sedición, sino una verdadera batalla, con trompetas y enseñas de guerra.

Y él estaba justo en medio.

Al muchacho le bastó un rápido vistazo: los hombres de Mario no tenían ninguna esperanza contra los legionarios de Sila. Los soldados, los de verdad, aplastarían cualquier obstáculo sin ni siquiera aflojar su avance. Incluso él. Miró a su alrededor, buscando un recoveco donde refugiarse. No, de qué le serviría un recoveco, concluyó. Necesitaba un sitio elevado desde el que observar la batalla. O la masacre en que parecía que iba a transformarse.

Se dio cuenta de que no estaba solo en aquella incómoda y peligrosa situación. Desde un rincón, a su izquierda, asomó otro chiquillo, más o menos de su edad. Cerca de él, la chusma de los seguidores de Mario blan-

día hoces y palos, y algunos gladios, las características espadas cortas romanas, y algunas lanzas. El muchacho se dirigió al lado opuesto de la calle, hacia un carro abandonado al cual estaba aún enganchado un buey: el carretero debía de haber escapado a toda prisa en cuanto vio a los primeros soldados aparecer en el horizonte.

El chico aferró al animal por el cabestro, intentando que se moviera. Pero la bestia mugía, y no se movió de allí. Trató de arrastrarlo hacia un callejón lateral. Eran solo unos pocos pasos, pero la obstinación del buey, nervioso por el alboroto de los soldados que se aproximaban, parecía imponerse. Sin embargo, observó César, el muchacho no se daba por vencido, pese a que podría ser arrollado por la multitud o triturado por la presión de las dos formaciones.

Luego, de pronto, el animal pegó un salto y con una cornada golpeó al chico, que acabó en el suelo, aparentemente aturdido. César miró a la derecha, luego a la izquierda. Los hombres de Sila estaban cerca, los de Mario muy cerca.

Cuestión de segundos. Lo iban a pisotear.

Se echó sobre el muchacho. Le pasó los brazos por debajo de las axilas y lo ayudó a levantarse. El otro lo secundó con pasividad, pero una vez de pie, mientras César lo empujaba en dirección al callejón lateral, tendió débilmente el brazo hacia el carro, señalándole así que quería detenerse.

—¿Estás loco? Ven conmigo.

—Pero... la mercancía de mi padre está ahí arriba...

—respondió el muchacho, con la voz pastosa y débil.

—Tu padre estará más contento si vuelves tú a casa

—replicó, decidido, César, arrastrándolo lejos con mayor decisión.

En un instante estuvieron en un lado del callejón. César aún tuvo tiempo de examinar a uno de los facinerosos de la primera fila que pasaron justo después de él.

—Quédate aquí y preocúpate de alcanzar tu carro solo después de la contienda. Yo tengo cosas que hacer —dijo César, separándose del muchacho.

—No. Esperaré a que hayan pasado todos. Si el enfrentamiento se desarrolla un poco más adelante, lo intentaré de nuevo.

El chiquillo parecía completamente recuperado.

Clangor de armas. Gritos de dolor y de ferocidad asesina.

El combate había comenzado. Y era justo allí donde se enfrentaban las dos formaciones.

El muchacho hizo un gesto de fastidio. Luego miró a César.

—Supongo que tengo que darte las gracias. Quizá tengas razón. Me hubieran masacrado.

—No te preocupes. De todos modos, yo no me pierdo este enfrentamiento.

—Yo tampoco.

—Entonces, sígueme. Busquemos un lugar elevado, desde el que podamos verlo sin correr riesgos inútiles —concluyó César, mirando a su alrededor. Luego se dirigió, muy decidido, hacia un bloque de toba aún no edificado, que surgía junto a una *insula* de solo dos plantas, a su vez adyacente a una de ocho. Subió, seguido por el otro muchacho, y desde allí alcanzó el balcón de la vivienda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a su nuevo compañero.

—Tito. Tito Labieno.

—¿Eres del barrio?

—Desde hace poco. Mi familia y yo nos trasladamos aquí hace un año. Venimos del Piceno. ¿Y tú quién eres?

—Cayo César, de la familia de los Julio.

Lo dijo con displicencia, sabiendo que así haría aún más efecto. *Siempre* hacía efecto.

—¡Un patricio! ¡No pensaba que los hubiera aquí, en la Suburra! Estás de paso...

—No. Vivo aquí.

—Entonces lo pasarás mal...

César había llegado a la terraza que hacía de cobertura parcial del edificio. Alargó una mano hacia Labieno para ayudarlo a subir, pero se detuvo.

—Lo paso muy bien. Es solo que hace rato que no tenemos magistraturas. Y son ellas las que traen dinero. Pero estamos entre las familias más antiguas de Roma. Descendemos de Eneas y, por tanto, de Venus. Tenlo en mente —precisó con orgullo.

El otro asintió, y solo entonces César le dio la mano y lo aupó. Se miraron en silencio, estudiándose. César era sin duda más alto; sus rasgos, notablemente aristocráticos, eran delicados y agradables. El cabello, muy cuidado, castaño y suave, enmarcaba un rostro más redondo que ovalado. El otro tenía rasgos apenas más marcados, un rostro bien ovalado y un cuello largo, pero no tanto como el de su interlocutor. Tenía la nariz igual de pronunciada, pero más ancha. Por la cabeza descendían indisciplinados rizos rubios; sus cejas eran espesas y algún fugaz indicio de vello surcaba sus mejillas. Tenía los

ojos oscuros y penetrantes como los del patricio, pero carecían de la autoridad que caracterizaba la mirada de César.

—Pero... espera un momento —dijo de repente Labieno—. Si eres de la *gens* Julia, eres parte en esta disputa. ¡Eres pariente de Cayo Mario!

—Sí. No deberías dejarte ver conmigo, si quieres un consejo desapasionado. No me parece que mi querido tío político tenga los medios para oponerse a las legiones de los cónsules —respondió César, echando un vistazo fugaz hacia abajo, donde la fuerza de choque de los legionarios parecía, sin embargo, en apuros en aquellos espacios restringidos.

Labieno se quedó pensativo un instante.

—No importa. Me has salvado. Y, además, quiero ver la pelea. Subamos un poco más.

César asintió y se dirigió hacia el borde opuesto de la terraza, que limitaba con el edificio más alto. Desde allí resultó muy fácil acceder a la otra *insula* y seguir subiendo. Las azoteas, entre tanto, se iban llenando de curiosos. También las ventanas, que, lejos de estar cerradas, alojaban cada una a varios espectadores. Pero César quería estar más alto que todos, tener una visión de conjunto de lo que sucedía como un estratega que necesitara ver todo el tablero para mover sus peones.

Una escalera exterior llevaba hasta el tejado. Una vez encima, no tenían más que estar atentos y mantenerse en equilibrio sobre la superficie inclinada y sobre las tejas. Desde allí se veía todo.

También las otras zonas de la ciudad. Y César notó enseguida que había otras tropas legionarias acercándose, pero desde una dirección distinta de la puerta Esqui-

lina. Pronto se abalanzarían desde atrás sobre sus adversarios.

Concentró la propia atención en el combate que se libraba bajo él. Una refriega furibunda, en la cual los legionarios no conseguían liberar su fuerza de choque. Es más, incluso parecían tener dificultades. Frente al incontenible contraataque enemigo retrocedían, en vez de avanzar. Buscó a Mario, buscó a Sila.

Su tío no estaba. O al menos, no se lo veía. No se lo imaginaba, de todos modos, con casi setenta años, en medio de la multitud, dando mandobles con el gladio contra hombres con la mitad de sus años y el doble de su corpulencia. Si Mario hubiera conseguido birlar el mando de la campaña de Oriente a Sila, el muchacho no dudaba que habría observado los combates desde una posición privilegiada, sin ofrecer ningún estímulo a sus hombres.

En este sentido, el hecho de que fuera Sila contra Mitrídates era sin duda una ventaja para Roma: estaba en la plenitud de los años, y aún sediento de gloria militar. Lo vio, al fin. Vio al enemigo de su familia, a lomos de un magnífico alazán, en medio de la propia formación. Pero sí, debía de ser él. No se veían oficiales, aparte de los centuriones con la cresta transversa, entre las filas legionarias. César había oído decir que solo un tribuno había secundado al cónsul, siguiéndolo hacia la Urbe. Todos los demás se habían desmarcado. Y aquel comandante a caballo, con el amplio *paludamentum*, la cresta sobre el yelmo y la armadura anatómica dorada, de la que colgaban tiras de cuero, solo podía ser él.

Sus hombres no se limitaban a retroceder. Un portaes-

tandarte de la primera fila que había quedado desarmado de pronto intentó huir, temiendo quizá perder la enseña. Sus camaradas lo vieron y, espantados, hicieron lo mismo: en breve, la sección más avanzada del ejército silano se disgregó.

—Parece que al cónsul le está yendo mal... —comentó Labieno.

César no respondió. En el fondo, le disgustaba. Sabía que debía desear la victoria de su tío, pero... Sila había sufrido una evidente injusticia. Había sido legalmente elegido cónsul, y también legalmente le había sido asignado el mando en la guerra mitridática. Luego, tras abandonar Roma, Mario se había hecho conferir el mando de la campaña de Oriente.

El cónsul demostraba agallas al venir a recuperar lo que le habían quitado en su ausencia. Y no había tenido escrúpulos para violar el *pomerium*, el sagrado suelo de Roma, y reivindicar sus propias razones, ni tampoco se había dejado intimidar por el pasado militar de Mario ni desalentar por la opinión contraria de sus oficiales. Es más, incluso había conseguido convencer a los soldados de nada menos que seis legiones para marchar con él, en su defensa, contra la patria. ¡Qué hombre! ¡Y qué dilemas había debido de superar!

Deseó que los dioses no lo pusieran nunca frente a elecciones de ese tipo.

Su mirada cayó de nuevo sobre Sila. Lo vio abrirse paso entre los soldados en desbandada y cabalgar oblicuamente hacia el portaestandarte que había dado inicio a la derrota. Cuando lo alcanzó, le arrancó la enseña de la mano y volvió a cabalgar hacia delante, incitando a los otros a seguirlo.

—¡Ese sí que es un comandante! —exclamó Labieno, admirado.

César habría querido decir lo mismo, pero no podía.

Los soldados detuvieron su fuga y, poco a poco, reanudaron el avance. Labieno decidió pinchar a su nuevo amigo:

—Claro, estas cosas también las hacía Cayo Mario, en los tiempos de los cimbrios y los teutones.

Estaba hablando de un cuarto de siglo antes.

César se volvió apenas y lo miró de reojo. Se daba cuenta también él de que el tiempo de Mario había pasado hacía rato. Lo cierto es que, después de estar toda la vida en los campamentos militares, su tío nunca había sabido adaptarse a la vida civil, y en la política había rendido pésimos servicios a la causa de los *populares*, de la que era un defensor muy poco idóneo. El padre de César sostenía que hubiera sido mejor que se retirase definitivamente de la vida pública, y su hijo compartía esa opinión. Pero ahora era de la familia, a pesar de que sus miserables orígenes no encajaban con la noble vetustez de los Julio: había que apoyarlo hasta el final, porque de él, al menos, seguro que no vendría ningún mal.

—¡Y también es un gran estratega! —continuó Labieno, señalando el centro de la ciudad. César comprendió enseguida qué quería decir: otro contingente de legionarios, que evidentemente había entrado por una puerta más al norte, avanzaba contra los de Mario. En breve, estos serían cogidos en una pinza y estarían condenados. Además, entre tanto, las tropas de Sila, alentadas por su jefe, habían reanudado su avance.

Alguien debía de haber advertido a los seguidores de Mario. De repente, las últimas filas se fragmentaron y se

dispersaron con increíble rapidez. Se decía que el tío de César incluso había prometido la libertad a los esclavos que se enrolaran bajo sus enseñas. Pues bien, si se había presentado alguno, era probable que estuviera entre los primeros en escapar.

En apenas unos segundos, la voz de la llegada de las otras legiones alcanzó también a las primeras filas de los marianos. Los hombres comenzaron a desperdigarse en todas direcciones, introduciéndose entre los bloques de pisos, entrando en las *insulae*, tratando de alcanzar vías y calles distintas a las que estaban tomando los soldados de Sila en su avance.

El público, que entre tanto había ido aumentando en las ventanas, los balcones y los tejados de las casas, estaba consternado. Un momento antes, había podido comprobar la aparente superioridad de los marianos. Sobre todo, en la Suburra, barrio popular por excelencia, donde no había nadie partidario de Sila. Pero en otras partes la situación no era muy distinta, después del sacrilegio que había cometido el cónsul y que, presumiblemente, había escandalizado incluso a sus aristocráticos partidarios.

En apenas unos minutos, los legionarios de Sila se hicieron dueños del terreno. El comandante impidió que se dispersaran persiguiendo a los fugitivos. Solo quiso que esperasen a los soldados provenientes del norte para su reagrupación. Volvió a compactar las filas y salió para disponerse frente a la primera línea. Daba la impresión de que quería dar un discurso.

Una piedra golpeó su caballo. El animal relinchó, levantó las patas anteriores e hizo oscilar al cónsul, que corrió el riesgo de caer desmontado. Inmediatamente después cayó una teja, que rebotó en el suelo a pocos pa-

sos de distancia. El segundo proyectil había partido de la terraza que había bajo el tejado en el que estaban César y Labieno.

Luego, durante un momento, nada. Asombro por parte de los soldados, desconcierto por parte de los espectadores. De repente, gritos, insultos y nuevos proyectiles. Una lluvia de proyectiles. Desde los edificios empezó a volar de todo: piedras, vasijas, tejas y palos se abatieron sobre las cabezas de los soldados, algunos de los cuales empuñaron sus jabalinas y las apuntaron hacia arriba. Pero los ciudadanos se escondían detrás de los antepechos y los alféizares, o se estiraban sobre los tejados y no ofrecían un blanco fácil.

Algunos soldados se separaron de la formación y se dirigieron hacia la entrada de la *insula* más cercana, quizá con la intención de hacer una redada. Sila se lo impidió, ordenó a los centuriones que formaran testudos y a los jinetes que se dispusieran en círculo en torno a él, con los escudos en alto para protegerlo. Por último, ordenó a los demás que marcharan hacia el centro de la ciudad.

—¿Y tú? ¿No tiras nada?

Labieno insistía en provocar a su compañero.

—Me parece un gesto inútil y ridículo, lanzar piedras contra unos soldados. Cuando combata, será con armas de verdad. Hazlo tú, si quieres.

—¿Para qué...? Soy del Picenum, y el otro cónsul, Quinto Pompeyo, también lo es. Y él está con Sila.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, mirando el muro de escudos que se había formado sobre las cabezas de los soldados. Los objetos contundentes seguían cayéndoles encima, pero sin ningún efecto.

—Eres un noble muy extraño, tú —concluyó Labieno—. Desciendes de Venus, pero vives en la Suburra. Eres pariente de Cayo Mario, pero no pareces darle tu apoyo. Eres un fanfarrón, pero no mueves un dedo...

César no dijo nada. Se inclinó y arrancó una teja. Miró abajo. Los soldados marchaban lentamente, manteniendo compacto el techo de escudos que, sin solución de continuidad, los protegía sobre la cabeza y a lo largo de los lados. Se volvió hacia Labieno. Lo miró. Apretó la teja en el puño. Levantó apenas el brazo.

Labieno comprendió que estaba a punto de golpearlo. Alzó a su vez los brazos para parar el golpe; luego advirtió que César se ponía rígido de repente. Contracciones y espasmos a lo largo del brazo que apretaba la teja, luego también a lo largo de la pierna. Empezó a castañetear los dientes, después la baba salió de su boca. Los ojos estaban desorbitados, ya no lo veían. César no parecía darse más cuenta de nada. Sudaba copiosamente. Se mordía los labios, y regueros de sangre acompañaban a la baba. Labieno sintió unas flatulencias, y luego vio una mancha de humedad formándose a la altura del pubis.

Por último, César se desplomó en el suelo. Pero el tejado estaba en pendiente. Las tejas debajo de él cedieron y su cuerpo empezó a deslizarse hacia abajo. Labieno se agachó con agilidad a lo largo de la parte superior del techo y tendió los brazos. Consiguió aferrar la mano de su compañero, que aún apretaba la teja, antes de que se precipitara hacia abajo. Mientras procuraba mantener la estabilidad, trató de levantarlo. César era más alto, pero él más robusto. En poco tiempo, logró atraerlo hacia sí, devolviéndolo a la parte superior, donde pudo mante-

nerlo recostado sin que hubiera peligro de que resbalara de nuevo.

No sabía qué más hacer. Nunca había visto nada semejante. Lo observó. Los ojos del patricio seguían desorbitados. Se preguntó si no debía ir a por agua, pero tenía miedo de dejarlo solo.

De pronto, lo vio estremecerse. Entendió de inmediato: se estaba ahogando en su propia saliva, quizá también con el moco. Después de un instante de vacilación, lo agarró y lo puso de lado. Funcionó: vio que se relajaba. También, que la mirada de César estaba recuperando la vitalidad. Suspiró, aliviado. Se distendió poco a poco, dejó caer finalmente la teja que aún tenía apretada en el puño y sacudió la cabeza. Pero continuaba en un estado de sopor, y se resignó a esperar.

Ese chiquillo debía de estar maldecido por los dioses, se dijo. Por eso era tan extraño... Era un aristócrata, pero no estaba con los aristócratas. Estaba con el pueblo, pero no se comportaba como un plebeyo. Parecía no pertenecer a nada, y ahora, ese extraño ataque... que parecía no tener nada de humano. Pero no, quizá no estaba maldito por los dioses, quizá *pertenecía* a los dioses. Por otra parte, ¿no había dicho que descendía de Venus? ¿Y qué sabía él, Labieno, de los asuntos de los dioses? ¿De lo que tendrían reservado a aquel muchacho?

No supo decir cuánto tiempo había transcurrido. Se percató de que César lo miraba. Buscó un rastro de conciencia en sus ojos. Lo encontró, y esto lo alentó a hablarle.

—Te ha sucedido... algo —dijo, articulando las palabras.

César intentó levantarse sobre los codos. Lo consi-

guió, pero con esfuerzo. Sintió el agrio sabor de la sangre en los labios y la humedad entre las piernas. Asintió. Luego trató de hablar también él.

—¿Cómo... me las he arreglado?

Labieno se sintió incómodo.

—Ehm... Te cogí antes de que te precipitaras, y luego te puse de lado para evitar que te ahogaras...

Silencio.

—¿Ya te había sucedido?

—Sí —respondió César, débilmente y la voz pastosa.

Labieno se animó.

—¿Qué es?

Debió esperar aún unos instantes. El tiempo de que César volviera en sí.

—La llaman... enfermedad sagrada...

—¿Algún demonio te posee?

—¿Demonio? Qué va a ser un demonio... Entonces, también Alejandro Magno habría estado poseído por los demonios...

La voz de César volvía a ser imperiosa.

—¿Qué tiene que ver Alejandro Magno?

—Tiene, ¡y cómo! También él la sufría.

—¿Y entonces? ¿Quieres hacerme creer que estás destinado a ser como él?

—Puede ser.

Labieno reflexionó. El muchacho descendía de Venus. No parecía que pudiera ser clasificado en ninguna categoría humana. Tenía el mismo mal de Alejandro el Macedonio. Y poco antes le había salvado la vida.

Quizá de veras había conocido a alguien elegido por los dioses.

—Bien —dijo César, poniéndose de pie con una vitali-

dad impensable solo un momento antes—. Si alguna vez hago algo grande, lo haremos juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro. Acabamos de conocernos, yo te he salvado la vida a ti, y tú me has salvado la vida a mí. Esto es una señal divina. Los dioses quieren hacer de nosotros una sola persona. Para que donde no llega uno llegue el otro. Es más, estoy seguro de que haremos grandes cosas: los dioses te han puesto en mi camino para que me completes, para que pueda alcanzar objetivos que a los otros le son vedados. Mañana preséntate con tu padre y visita al mío. Encontraré el modo de que os convirtáis en nuestros clientes.

Le tendió la mano. Labieno lo miró, sin decir nada. Por un instante, pensó que quizá estuviera loco. Que los demonios lo poseían de verdad. Pero luego lo miró a los ojos. Loco o no, si había alguien capaz de transformar la locura en grandeza, ese era él.

Le estrechó la mano con fuerza.